

La OTAN y su papel en la seguridad transnacional

Alberto Piris Laespada

General de Artillería en la Reserva, diplomado de Estado Mayor



Introducción

La OTAN está en efervescencia, situación apenas oculta en la que lleva ya algunos años y que subyace bajo un aluvión de actividades exteriores que son las que ocupan más espacio en los medios informativos. En éstos se ha venido tratando durante el pasado año 2009 sobre la polémica suscitada por el llamado “escudo antimisiles”, que no solo presenta efectos técnico-militares (la supuesta disuasión frente a misiles balísticos iraníes o de otros estados “bandoleros” o benévolos ante el terrorismo internacional) sino también consecuencias políticas en algunos países —Chequia y Polonia, sobre todo— donde estaba prevista su instalación, y también en el conjunto de la política europea, sobre todo en su relaciones con Rusia.

Desde la desaparición de la URSS, la OTAN ha quedado en un equilibrio inestable porque aquella era el enemigo indispensable sobre el que se sustentaba todo el edificio político-militar de la Organización

Pero esto no es todo aunque haya sido objeto de polémicas sin fin. Se ha discutido también, y se sigue discutiendo, en relación con la ya prolongada intervención militar de la OTAN en Afganistán, donde hoy se superponen dos operaciones militares (conocidas como ISAF y “Libertad duradera”) dirigidas, respectivamente, por la OTAN y por el Pentágono, con distintos efectivos militares y contribuciones diversas de otros países aliados. Se pone así de manifiesto la ambivalencia de una Alianza donde un socio hegemónico, de indiscutible preponderancia económica, política y militar, dicta en último término lo que ha de hacerse, cómo ha de hacerse y para qué ha de hacerse.

Y última, pero no única, cuestión en este breve repaso introductorio: también la OTAN proporciona material polémico en cuanto en el seno de la Unión Europea se pretende analizar las necesidades militares de nuestro continente, desvinculándolas de las de Estados Unidos y buscando el modo de obtener una autonomía en política de defensa de la que Europa ha carecido siempre y que ahora, con la nueva estructura del Tratado de Lisboa ya en vigor, parece más necesaria que nunca. De poco sirve unificar los órganos de política exterior de la Unión, con la creación de una nueva figura que concentra en sí todas las responsabilidades de las relaciones exteriores, si la diplomacia y la política exterior europeas carecen de ese soporte esencial que son unas Fuerzas Armadas, propias y capaces de actuar con plena autonomía, que las respalden.

La efervescencia que se advierte en torno a la Alianza Atlántica, cuyo Cuartel General se alza en un bulevar de la periferia de Bruselas, a unos pocos kilómetros de los grandes centros políticos de la Unión Europea, se percibe con toda claridad sin necesidad de recorrer los pasillos de su sede, ni de conversar con los responsables de sus distintas áreas y los funcionarios o representantes de sus 28 países. Un simple recorrido de su página web oficial² permite consultar diversos foros de discusión sobre el llamado “nuevo concepto estratégico”³, que en el fondo no es sino el resultado de reconocer que la OTAN, tal como fue creada en 1949, ha pasado a mejor vida, aunque cueste mucho reconocerlo.

Desde la desaparición de la URSS, la OTAN ha quedado en un equilibrio inestable porque aquella era el enemigo indispensable sobre el que se sustentaba todo el edificio político-militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Éste ahora solo se puede apuntalar incorporando nuevas misiones que justifiquen su supervivencia, aunque sea preciso denominarlas “fuera de área”, para justificar el hecho de que apenas tienen ya nada que ver con el texto inicial del

1 Cuyos detalles pueden consultarse en:
<http://www.isaf.nato.int/>
<http://www.centcom.mil/en/topics/significant-operations/operation-enduring-freedom/>

2 <http://www.nato.int>

3 <http://www.nato.int/strategic-concept/what-is-strategic-concept.html>

Tratado en sus importantes artículos 5º y 6º (que definen, respectivamente, las condiciones en que pueden llevarse a cabo las intervenciones militares y las zonas geográficas sobre las que se extiende la responsabilidad de defensa compartida) ni con el espíritu con el que aquél fue suscrito por los Estados miembros, en cuyo preámbulo se expresa el deseo de “promover la estabilidad y el bienestar en la zona del Atlántico Norte”⁴. Bien es verdad que una interpretación laxa de esa frase permitiría intervenir en cualquier parte del mundo, si los países aliados creen que su estabilidad y su bienestar se ven amenazados por cualquier circunstancia, por muy ajena que sea al área geográfica mencionada en el texto del Tratado.

Como una revisión radical de dicho texto es un problema que nadie se ha atrevido a abordar, la inquietud principal de los dirigentes otánicos parece ser la de adaptar un articulado obsoleto y sobrepasado por las circunstancias históricas, para hacerlo más creíble y fundamentar de ese modo cualquier operación militar que satisfaga los intereses de las principales potencias aliadas. De ahí la necesidad de disfrazar esta profunda distorsión de lo que fue un tratado adaptado a sus tiempos -básicamente, a la Guerra Fría- y ha dejado ya de serlo, discutiendo sobre nuevas estrategias para encontrar una salida a un problema en sí mismo irresoluble: “Habría que empezar todo de nuevo, y eso es imposible”, admiten, en privado y a regañadientes, algunos funcionarios en la sede central bruselense. La gran inercia burocrática creada por la Organización del Tratado del Atlántico Norte ha pasado hoy a ser el motor más potente que mantiene en marcha a esta alianza, cuyos éxitos o sus fracasos suelen ser valorados, como se desprende de algunas declaraciones oficiales de sus dirigentes, más por la repercusión positiva o negativa que tienen sobre el prestigio de la OTAN que por los resultados reales alcanzados sobre el terreno.

A este respecto conviene recordar, para mostrar que la OTAN contempla a Afganistán más como un medio o un instrumento que como un fin en sí mismo, cómo Joschka Fischer, que fue ministro de Asuntos Exteriores y vicescanciller de Alemania, se lamentaba en un artículo publicado en la prensa española⁵ de que Occidente estaba dilapidando “sus éxitos” en Afganistán, por falta de compromiso y de previsión. Por no empeñarse allí con más medios y voluntad más firme. Afirmaba que si esta misión fracasara “Europa tendría que pagar un precio inaceptablemente elevado y el futuro de la OTAN estaría en peligro”. Palabras que revelan con insultante sinceridad cómo para algunos destacados políticos europeos el destino del pueblo afgano, su desventurado presente y su incierto futuro, es decir, el mayor o menor bienestar en su vida cotidiana, si bien sirven de justificación

⁴ El texto completo del Tratado en castellano puede consultarse en <http://www.nato.int/docu/other/sp/treaty-sp.htm>

⁵ “Afganistán y el futuro de la OTAN”, *El País*, 7 de enero de 2008.

para la intervención militar de la OTAN en ese país, son, en último término, asuntos secundarios en relación con los intereses propiamente europeos (la consolidación política de la Unión, el planeamiento y la ejecución de una política exterior y de seguridad común, la pugna soterrada por la hegemonía entre los grandes países europeos, etc.), entre los que no conviene ignorar la supervivencia de la OTAN, tras haberse esfumado el enemigo que la hizo nacer.

La “nueva” política exterior de Estados Unidos con Obama y su relación con la OTAN

Siendo bastantes las innovaciones de la nueva política exterior que parece apuntar el Gobierno Obama, están lejos, sin embargo, de significar una sustancial reforma de algunos viejos usos, muy arraigados al paso del tiempo. Es indudable que la entrada en el primer plano de la escena política internacional de nuevos actores (sobre todo Rusia, pero también otros, como China y algunos Estados iberoamericanos y asiáticos) ha introducido una modificación importante en la fórmula más utilizada por Bush, que básicamente consistía en “primero nosotros y luego los demás”. El “nosotros” estaba formado por Estados Unidos y algunos países de la Unión Europea, lo suficientemente dóciles como para no discutir las imposiciones de la Casa Blanca; el “trío de las Azores” fue un claro paradigma de esto. En “los demás” se encontraba el resto del mundo, que habría de plegarse forzosamente, por convicción o mediante la presión militar, a los designios de Washington.

Obama ya no lo percibe así, y el avance producido por este cambio de percepción es muy positivo para el mundo. Pero, no obstante, han aparecido algunos factores que pueden lastrar esta sensación de innovación. El principal de ellos es la OTAN. Tiene muy poco de innovación el seguir considerando a la OTAN como el elemento esencial para la seguridad conjunta de Norteamérica y de la Unión Europea, añadiéndole, como suplemento operativo, la misión de estabilizar el mundo, llegando para ello hasta Afganistán, si es preciso. El resultado real es que se sigue utilizando una vieja herramienta, procedente de la Guerra Fría, para actividades y operaciones que eran inimaginables cuando se firmó el Tratado del Atlántico Norte.

Ése es el meollo de la cuestión. La OTAN no es sólo una superestructura burocrática, de naturaleza política y militar, sino que arrastra una notable inercia ideológica. Si ésta puede pasar inadvertida para los miembros más veteranos de la Alianza, curados ya de espanto y escépticos respecto a la realidad de la amenaza que la creó y la hizo crecer, influye todavía con vigor sobre los nuevos aliados, los que se liberaron de la sombra del Pacto de Varsovia y del Moscú soviético

La OTAN no es sólo una superestructura burocrática, de naturaleza política y militar, sino que arrastra una notable inercia ideológica

que los controló durante largos años. Una estructura militar no sobrevive sin un enemigo. La extinta URSS fue el enemigo que mantuvo a la OTAN con vida, activa, desarrollada y crecientemente expansiva. Más que la fidelidad a los llamados “valores democráticos de Occidente”, la OTAN estaba sostenida por la fórmula de los mosqueteros, “Todos para uno y uno para todos”, aunque manteniendo la debida jerarquía por orden de importancia y en función de los intereses nacionales de los distintos países aliados. Por eso no tuvo inconveniente en admitir en su seno a la dictadura portuguesa o a la Turquía de los militares golpistas, que le proporcionaban ventajas estratégicas en sus enfrentamientos con el enemigo oriental. Y entre sus aliados de la Guerra Fría no vaciló en contar con represivas dictaduras y regímenes muy poco recomendables sobre todo el planeta.

La situación ha cambiado notablemente y Rusia ha dejado de ser la URSS, reclamando el puesto en Europa que históricamente le pertenece. De ahí las dificultades que experimenta la idea de una defensa conjunta del continente europeo y el poco éxito de las propuestas rusas, hartamente razonables, de establecer un sistema defensivo que englobe también a la Europa histórica, que termina en los Urales. Engarzar esto con el sistema noratlántico de defensa conjunta parece un problema de muy complicada resolución, porque están en juego varias tendencias muy poco coincidentes:

- Estados Unidos desea seguir utilizando la OTAN como elemento esencial de la defensa conjunta de Occidente;
- La Unión Europea desearía no depender tanto de Estados Unidos para los asuntos de su defensa militar y disponer de organizaciones autónomas puramente europeas;
- Motivos económicos, sociales y políticos obligan a no aceptar que la Europa histórica siga dividida por una frontera militar que mantenga a Rusia fuera de su núcleo esencial.

Los puntos de fricción en el desarrollo de la OTAN

En los primeros días del pasado mes de diciembre tuvo lugar la última reunión del año 2009 del Consejo del Atlántico Norte a nivel de ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros, de cuyo comunicado final⁶ se extraen los siguientes párrafos:

“En la cumbre de Estrasburgo/Kehl, los jefes de Estado y de Gobierno [de la Alianza] reafirmaron su decisión de que Georgia y Ucrania sean miembros de la OTAN; ese compromiso sigue en pie”.

⁶ http://www.nato.int/cps/en/natolive/news_59699.htm?mode=pressrelease

“La asociación OTAN-Rusia tiene posibilidades de contribuir estratégicamente a la seguridad de la zona euroatlántica y más allá. Los aliados dan la bienvenida a la reanudación formal, a nivel ministerial, del diálogo y la cooperación con Rusia. [...] Existen muchas cuestiones prioritarias para mejorar nuestra cooperación práctica, incluyendo Afganistán, el narcotráfico, la lucha contra el terrorismo y la piratería, la defensa antimisiles, la no proliferación de armas nucleares, el control del armamento y el desarme”.

“El nuevo Concepto Estratégico de la Alianza será la guía general de la reforma de la OTAN. Ésta es un proceso continuo dirigido a preservar y mejorar la capacidad de la OTAN para ejecutar todo su espectro de misiones. La reforma debería mejorar y optimizar el uso de los recursos creando una organización más ligera y eficaz, y respetando los principios del consenso”.

Este breve extracto de lo que parece ser sentir común entre los aliados otánicos necesita ser contrastado con otras opiniones distintas, porque tanto las percepciones asumidas durante un pasado de prolongado enfrentamiento como las realidades del momento actual obstruyen el deseable camino de entendimiento entre los dos grandes polos de poder militar que coexisten hoy en el continente europeo: Rusia y la OTAN.

Por parte de la Alianza, además de los tres párrafos antes citados, son conocidas las propuestas básicas expuestas por su secretario general, Anders Rasmussen, en el primer discurso tras su toma de posesión⁷, para mejorar el entendimiento entre ambas partes. Pueden resumirse así:

- Un esfuerzo conjunto de la OTAN y Rusia para reforzar su cooperación práctica en aquellos asuntos en que ambas afrontan riesgos y amenazas comunes.
- Reactivar el Consejo OTAN-Rusia, para que pueda servir como foro de diálogo sobre el modo de mejorar la paz y la estabilidad europeas.
- Una revisión conjunta de los nuevos peligros que habrá que afrontar en el siglo XXI, a fin de establecer las bases para una sólida cooperación futura.

Todo esto fue bien acogido en su momento por la opinión pública europea, pero la realidad cotidiana apenas muestra ninguna repercusión práctica de tan positivas intenciones. Como ha sucedido a menudo en la Alianza Atlántica, la interacción de países con distintos intereses y las a menudo divergentes opiniones de sus altos diri-

⁷ <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-132023-2009-09-19.html> y http://www.nato.int/cps/en/nato-live/opinions_56776.htm

gentes políticos y militares crean una cierta confusión interna que puede paralizar algunos de sus mejores propósitos.

Parece obligado, por tanto, recoger también el punto de vista ruso sobre esta cuestión, tal como lo expuso recientemente Vladimir Kozin, analista del Ministerio ruso de Asuntos Exteriores, en un artículo publicado en el diario *The Moscow Times*⁸. Según él, los principales obstáculos que dificultan la cooperación de Rusia con la OTAN son ocho:

1. El sentimiento antirruso de algunos miembros de la OTAN, que se concreta en las políticas abiertamente hostiles de seis países fronterizos con Rusia y las antiguas repúblicas ex soviéticas.
2. La constante tendencia de ampliación de la OTAN, que incluye a Ucrania y Georgia [como se insiste en el Comunicado Final arriba reproducido].
3. La tendencia de la OTAN a reforzar sus armas nucleares y convencionales, a pesar de que en ambos tipos de armamento supera a Rusia, agravada por el hecho de que los miembros de la OTAN no han ratificado el tratado de fuerzas convencionales en Europa, lo que Rusia sí ha hecho.
4. El aumento del número de bases militares de la OTAN próximas a la frontera rusa (nueve bases más tras la primera ampliación de la Alianza).
5. Los planes que han sustituido al abortado “escudo antimisiles” de Bush, para configurar lo que Obama ha denominado la nueva arquitectura europea de defensa antimisiles, desplegarán nuevos sistemas en todos los países de la OTAN, aumentando el número de armas próximas a la frontera rusa. La vaga oferta de Rasmussen de estudiar las posibilidades de vincular los sistemas de defensa de Estados Unidos, la OTAN y Rusia deja en el aire asuntos vitales sobre la contribución de cada uno de ellos y sobre cómo se determinará quiénes serán los enemigos a afrontar.
6. La creciente actividad de las fuerzas aéreas y navales, a veces provistas de armamento nuclear, de varios países de la OTAN en las proximidades del territorio ruso, incluyendo los mares Báltico y Negro.
7. El hecho de que Rusia sigue siendo el principal enemigo potencial de la OTAN en lo relativo a su orientación estratégica y su doctrina militar.
8. El rechazo de la OTAN a la propuesta de Medvedev de establecer un nuevo pacto de seguridad europeo que incluya a Rusia en pie de igualdad con los restantes socios.

Tras esta lista de agravios, que muchos políticos rusos comparten y otros discuten, el artículo citado revela, en sus líneas finales, una

⁸ “8 Obstacles to Better NATO Ties”, *The Moscow Times*, 25 de septiembre de 2009.

constante que viene determinando la política rusa desde el tiempo de los zares, cuando aconseja a la OTAN que “tenga en cuenta que Rusia nunca consentirá ser relegada a los márgenes del mundo civilizado, en sentido político, económico o militar”.

Conviene resaltar, llegado este momento, la anomalía que supone la situación hasta aquí descrita. Tan acostumbrados estamos ya a ella, que no nos choca el hecho de que, para alcanzar un entendimiento sobre cuestiones relativas a la seguridad y la defensa propias de nuestro continente, la Unión Europea tenga que hablar a través de la OTAN –una alianza donde el indiscutible socio hegemónico no es europeo y antepone, como es natural, sus intereses nacionales a los de la UE– y no tenga voz para entenderse directamente con Rusia, esta Rusia de hoy que tan poco tiene que ver con la URSS del pasado, pero ante la cual la burocracia de la OTAN parece no haber olvidado la época en que las cosas estaban más claras y el temible enemigo a batir era evidente para todos.

Francia regresa a la estructura militar integrada de la OTAN

Cuando en marzo de 2009, con motivo de su visita a la Escuela Militar de París, el presidente de la República Francesa anunció el regreso de Francia a la estructura militar integrada de la OTAN, la noticia no tomó por sorpresa a los mandos del Cuartel General bruselese, pero sí a la opinión pública. Algunos fragmentos de su alocución son significativos: “Tenemos que estar allí donde se elaboran las decisiones y las normas, en vez de esperar a que nos las notifiquen”⁹. Más todavía: “Una vez que reingresemos, ocuparemos nuestro lugar en los mandos principales aliados, conservando además toda nuestra fuerza independiente de disuasión nuclear”. Todo parecía indicar que Francia se apresuraba a ocupar un importante papel en Europa del que la había privado la decisión del general De Gaulle en 1966, en plena Guerra Fría, al retirar las fuerzas francesas de la estructura militar de la OTAN y obligar a los órganos superiores de la Alianza a abandonar Francia para establecerse en Bélgica.

En la misma visita tocó Sarkozy un tema crítico: “El haber sido incapaces de aclarar nuestra posición respecto a la Alianza, creó dudas sobre nuestras motivaciones. En consecuencia, teníamos una Alianza que no era suficientemente europea, y una defensa europea que no avanzaba como hubiéramos deseado”. La apuesta era arriesgada. Desde la izquierda, fue criticada porque socavaba la independencia francesa y sometía al país a la política internacional de Estados Unidos. Pero también desde la derecha se consideró que menguaba

9 http://news.bbc.co.uk/go/pr/fr/-/hi/spanish/international/newsid_7938000/7938441.stm

las aspiraciones mundiales francesas. Dominique de Villepin opinaba que si Francia hubiera estado integrada en la OTAN en 2003, hubiera sido incapaz de expresar su oposición a la guerra de Bush en Iraq¹⁰.

En realidad, Francia se incorporó al Comité Militar en 1992, y el Jefe de sus Fuerzas Armadas venía participando en todas sus reuniones desde 1996, con excepción de los comités de planificación de defensa y de planificación nuclear, lo que servía para resaltar la peculiaridad francesa de su limitada participación en la Alianza. De cualquier modo, esta reincorporación tiene, sobre todo, un efecto simbólico en ambas partes, reforzando a la Alianza y aumentando el papel de Francia en ella.

Pero si a primera vista alguien pudiera sospechar que el cambio de rumbo francés presupone desdeñar la Política Europea de Seguridad y Defensa, para reforzar el papel de la organización transatlántica, estaría equivocado. El paso dado por Sarkozy es uno más en un largo proceso que ha llevado a estrechar los lazos militares de Francia con la OTAN. El objetivo de este proceso es construir un sistema de defensa europea más vinculado a la Alianza Atlántica, al borrar definitivamente las sospechas de que Francia pretendía apoyar una defensa militar continental en oposición a la OTAN.

La cosa puede ir aún más allá. La decisión de Sarkozy está también relacionada con los procesos de reforma y reestructuración de la Alianza antes aludidos, en los que desea intervenir más directamente: una nueva estrategia otánica y una radical reforma de su pesada burocracia. En ello coincide con otras opiniones expresadas por el Reino Unido y en Holanda. Pero también puede influir en la decisión francesa un deseo de “europeizar” la OTAN, equilibrando más cabalmente el peso en la Alianza de los aliados de una y otra parte del Océano Atlántico, en lo que la presencia de Obama en la Casa Blanca puede resultar una eficaz ayuda.

Afganistán, un serio escollo para la OTAN

Si existe hoy un conflicto en el mundo capaz de mostrar a lo vivo las incongruencias y las dificultades de la OTAN para afrontar las nuevas misiones, que tienen como objeto principal –aunque no se proclame así abiertamente– aumentar su capacidad de supervivencia como organización militar supranacional, éste es el de Afganistán. El Secretario General de la OTAN, en su visita a Kabul en diciembre de 2009, declaró: “Sé que algunos se preguntan cuánto tiempo permanecerán [en Afganistán] las fuerzas internacionales. Que no exista la

¹⁰ <http://www.theepochtimes.com/n2/content/view/13876/>

*La OTAN ha
acabado por hacer
del éxito militar de
sus armas en
Oriente Medio una
cuestión de vida o
muerte para su
credibilidad y su
discutible
supervivencia
como
organización
militar*

menor duda de que la comunidad internacional estará a su lado y les ayudará para reconstruir su país, hasta que puedan hacerlo por sí mismos y garantizar que el terrorismo nunca volverá a arraigarse”¹¹.

Aunque es de sobra sabido que Rasmussen no hubiera hecho tales manifestaciones sin la previa aquiescencia de Estados Unidos, el compromiso de la OTAN con Afganistán tiene un doble objeto. Por una parte, dar legitimidad internacional a las operaciones militares que Estados Unidos desarrolla allí bajo su control exclusivo (la ya citada “Libertad duradera”); por otra, ayudar a los Gobiernos de algunos países europeos a afrontar la oposición de la opinión pública, que en muchos países no entiende cuál es la finalidad de su implicación militar en un país en el que tienen muy pocos intereses, y que en algunos casos han anunciado su intención de reducir el contingente militar destinado a la ISAF.

Pero es a principios de 2010 cuando las incongruencias citadas resultan más evidentes, desde el momento en que son cada vez más extendidas las opiniones de altos responsables políticos occidentales en el sentido de que para estabilizar Afganistán será indispensable cierta participación de los talibanes. Con lo que parece cerrarse un círculo absurdo en el que habrá que aceptar a los acérrimos enemigos como parte de la solución del problema, aunque para suavizar tanta incongruencia se recurra a la vieja práctica de dividir a los talibanes en “buenos” y “malos”; aquéllos, los que pueden aceptar, por su parte, cooperar con su anterior enemigo -el actual gobierno de Kabul- y éstos, los irreductibles que desean alcanzar el poder sin limitación alguna e imponer sus condiciones para establecer un régimen político basado en la ley islámica.

Casi al mismo tiempo que las citadas declaraciones del Secretario General de la OTAN, en la *Harvard Law School* el profesor Marc W. Herold¹² pronunciaba una conferencia con el título “Afganistán, resistiendo a la ocupación y al fundamentalismo”¹³, que hubiera sido de mucha utilidad para los ministros de Defensa de la OTAN en sus intentos de ponerse de acuerdo sobre la estrategia más conveniente que permita vislumbrar un final aceptable para esa guerra que amenaza a la misma Alianza Atlántica. No militarmente, sino en el vital aspecto de su imagen pública, pues la OTAN, como ya se ha mencionado antes, ha acabado por hacer del éxito militar de sus armas en Oriente Medio una cuestión de vida o muerte para su credibilidad y su discutible supervivencia como tal organización militar.

11 “NATO Chief Promises to Stand by Afghanistan”, *The New York Times*, 23 de diciembre de 2009.

12 cf. “Los dilemas de la participación española en Afganistán”, Anuario del CEIPAZ 2008-2009, pág. 169 y ss.

13 <http://www.uruknet.info/index.php?p=m58953&hd=&size=1&l=e>

Dos puntos básicos de su intervención fueron:

- “La guerra de Estados Unidos en Afganistán no puede ganarse ni militarmente ni en términos de contrainsurgencia. Los bombardeos y la ocupación han reforzado a Al Qaeda, en vez de debilitarla, promoviendo su descentralización al menos en dos continentes (Asia y África). Gracias a Estados Unidos, Al Qaeda es ahora una organización global”.
- “La Historia nos muestra claramente que el principal factor que obliga a Estados Unidos a retirarse de un conflicto es el aumento de sus bajas militares, como ocurrió en Indochina (1965-75), en Líbano en 1983 -con el ataque terrorista que mató a 241 soldados en Beirut- o en Somalia en 1993, con el derribo de dos helicópteros estadounidenses”.

La conclusión a la que llegó fue: “La única solución para Estados Unidos es retirarse lo más rápidamente posible, como hizo la URSS en 1989, y dejar que los afganos encuentren una solución viable de compromiso, lo mismo que hicieron los vietnamitas en 1975”. El planteamiento de Obama y del general McChrystal –refuerzo militar y “afganización” de la seguridad– conducirá a una guerra interminable; según Herold. Por otra parte, los planes del vicepresidente Biden –utilizar masivamente aviones no tripulados para destruir a Al Qaeda en las zonas fronterizas con Pakistán– acabarían creando en los más fanáticos islamistas *pashtunes* una sensación tal de impotencia y ansias de venganza que podría propiciar nuevas acciones terroristas, al estilo de las de Bombay, Londres, Madrid, Washington y Nueva York.

No le parece verosímil que la retirada de las fuerzas aliadas haya de convertir a Afganistán en un refugio para Al Qaeda. Esta organización no necesita refugios; la preparación para los atentados contra Washington y Nueva York se realizó en unas escuelas aeronáuticas de Estados Unidos y en unos domicilios situados en ciudades alemanas. Más que una estructura jerarquizada de mando, Al Qaeda provee una brújula ideológica que orienta a sus terroristas, que no necesitan ocultarse en recónditas guaridas.

Tampoco cree Herold que a los talibanes se les pueda aplicar el “divide y vencerás”, suponiendo que haya entre ellos quienes podrían ser captados por las fuerzas de ocupación: “Los talibanes quizá no sean un bloque monolítico, pero tienen el control político de sus fuerzas. Reforzar las de Estados Unidos favorecerá el poder de los talibanes y su capacidad de reclutamiento”. Insiste en que los talibanes y Al Qaeda no son lo mismo: las preocupaciones de aquéllos son principalmente locales, mientras que Al Qaeda y otros grupos similares se consideran implicados en una *yihad* universal. Esta distinción entre ambos grupos es algo frecuentemente ignorado por muchos comentaristas políticos de Occidente.

Muy poco de lo expuesto por el profesor Herold forma parte del actual pensamiento estratégico de la OTAN, si es que, aparte de las decisiones tomadas en Washington para proseguir la lucha, dispone la Alianza Atlántica de otras ideas estratégicas aplicables al momento, lo que al escribir estas líneas es objeto de muchas dudas. No basta con repetir, como se hace a menudo, que el problema de Afganistán ha llegado a un punto donde no hay solución viable: tan perjudicial sería perseverar en la ocupación militar –con más o menos efectivos y con tácticas variables– como concluirlo lo antes posible para abandonar el país. En cualquier caso, la peor opción sería adoptar una decisión basada en la exasperación y la irritación que produce el no encontrar soluciones adecuadas, cuando otros problemas de política interior se acumulan sobre la mesa de trabajo de Obama y exigen soluciones inmediatas.

La necesidad de una nueva estructura defensiva para toda Europa

La cuestión esencial que se debate en todo lo expuesto hasta ahora no puede ignorar el hecho de que cualquier estructura defensiva que se adopte en Europa ha de contar con Rusia. Obama no es ajeno a la cuestión y la prueba es el avance, lento por firme, en el desarrollo de las discusiones con Moscú sobre asuntos tan importantes como la renovación del Tratado START I sobre armas nucleares estratégicas, los acuerdos sobre coordinación contra ataques cibernéticos y otras cuestiones de seguridad interior. El botón de “puesta a cero” en las relaciones con Rusia, que Obama anunció al comienzo de su presidencia, parece funcionar, al menos en un sentido. Porque en el sentido contrario no se puede olvidar la fría respuesta que recibió la propuesta rusa de crear un nuevo pacto de seguridad euro-atlántica con mecanismos de resolución de conflictos más adecuados a la realidad actual que lo que significa la OTAN.

Rusia sigue viendo a la Alianza Atlántica como una organización militar cuya continua expansión hacia el Este solo fue frenada temporalmente gracias a la respuesta militar que Moscú dio en Osetia del Sur en agosto de 2008. Y busca garantías, suficientemente apoyadas en bases legales, de que la OTAN no forzará el ingreso de Ucrania ni de Georgia en sus filas. Aduce que Rusia ha sido varias veces engañada por los aliados occidentales. Aunque comprende que éstos nunca aceptarán la sospecha de que las decisiones adoptadas por la OTAN puedan verse constreñidas o limitadas en modo alguno por las presiones ejercidas desde Moscú.

Aun no expresadas formalmente, existen unas líneas rojas establecidas por Rusia, que conciernen a la expansión de la OTAN hacia las

Cualquier estructura defensiva que se adopte en Europa ha de contar con Rusia

fronteras rusas, al régimen de control de las fuerzas convencionales en Europa y a la aproximación de instalaciones militares de la OTAN al territorio ruso. Esto no es un conflicto congelado, como algunos pudieran pensar, y la guerra con Georgia probó que tal cosa no existe en una zona tan crítica como la constituida por los países que fueron anteriormente miembros de la URSS.

Parece, por tanto, ineludible avanzar hacia una transformación de las estructuras responsables de la seguridad en Europa. Las razones son varias. Una de ellas es la existencia de fronteras todavía discutidas y discutibles en nuestro continente, sobre las que habrá que llegar a acuerdos definitivos. Además, casi un tercio de la población europea se halla en países que no pertenecen a la OTAN. Y, por último, la evidencia histórica de que cualquier situación no estabilizada puede degenerar y agravarse con rapidez si no se dispone de los mecanismos de resolución de conflictos más adecuados para intervenir en ella.

Rusia no puede vetar las decisiones de la Alianza Atlántica, pero ésta debe olvidar definitivamente la Guerra Fría y no puede atender a sus propios intereses –entre los que se encuentra su burocrática tendencia a la ampliación– ignorando las necesidades rusas de seguridad. Solo una nueva estructura de defensa y seguridad paneuropeas podrá atender a los problemas que irán surgiendo a medida que avance el siglo XXI. Y ese será el más importante asunto que deberán resolver de forma coordinada los dirigentes políticos europeos, estadounidenses y rusos en los próximos años, que encontrarán siempre en el fondo de la cuestión el obstáculo de la preexistencia de la OTAN, cuya disolución o, más probablemente, transformación en algo muy distinto de lo que es en la actualidad, será inevitable al paso del tiempo.

Las Palmas, enero 2010

